

# Juego de tronos

ANTONIO PORRAS NADALES | GRUPO JULY 28.01.2016

HUBO un tiempo remoto en que la política de los países se decidía en clave puramente personal: todo dependía de quién fuera el rey, que era quien tenía el poder absoluto. Por eso la personalidad del monarca, o del candidato a la corona, era la clave decisiva; y la cuestión se centraba al final en sus aptitudes personales, sus habilidades, capacidad, astucia, incluso su propia fortuna.

Afortunadamente aquellos tiempos remotos pasaron, como pasaron las monarquías absolutas, el *Príncipe* de Maquiavelo o las tragedias de Shakespeare. Porque en el contexto de las democracias contemporáneas la política se decide en una clave pluralista y objetivada, donde distintas fuerzas organizadas como partidos tratan de expresar las aspiraciones de la mayoría de la población y, una vez han pasado por las urnas, asumen el poder de forma legítima y pacífica. La democracia moderna no es pues exactamente un asunto de personas, aunque la personalidad de los líderes siempre sea un factor a tener en cuenta. Los proyectos de gobernabilidad se conforman partiendo de los contenidos y orientaciones de los programas de los partidos mayoritarios. Y la acción de gobierno se configura entonces como un proyecto objetivo y congruente, que no depende ya de factores subjetivos o personales más o menos aleatorios.

Pero sucede que la evolución de nuestro sistema democrático de partidos ha ido derivando siguiendo algunas pautas originales. Por una parte, el impulso mediático ha venido a reforzar el componente personalista de los liderazgos políticos. Es un fenómeno inevitable: cuando los partidos se convierten en un foco de corrupción, cuando sus programas se cargan de ambigüedades electoralistas más o menos difusas, cuando los ciudadanos nos vemos conquistados por el universo de la imagen, el electorado no tiene al final más remedio que dejarse guiar por esos elementos aparentemente más "seguros" como serían la propia personalidad o el estilo de los líderes o candidatos. La desconfianza creciente en unas organizaciones opacas y escasamente democráticas como son los partidos, reconduce el foco de atención ciudadana hacia los perfiles subjetivos de los líderes. Y la imagen, la presencia o la simpatía de los candidatos se convierten en los factores decisivos a la hora de suscitar confianza ciudadana.

Por otro lado, los partidos se han ido dejando llevar por una creciente tensión competitiva, acentuando progresivamente sus diferencias hasta el punto de acabar proyectándolas como auténticas fronteras irreconciliables. Y un sistema pluralista de partidos que acentúa hasta el extremo sus perfiles conflictuales, puede acabar convertido en un caótico puzzle de facciones y banderías que ni se entienden ni se hablan ni se comprenden entre sí, perdiendo entonces toda capacidad de diálogo. El peor camino posible si se trata de forjar proyectos de gobernabilidad cuando el electorado se manifiesta dividido y ninguna opción consigue mayoría absoluta. La dinámica competitiva, tan grata en los momentos electorales, se convierte en un obstáculo insalvable cuando llega el momento de los acuerdos y el consenso, cuando se trata de buscar los puntos de encuentro y no las diferencias.

Pero todavía puede ser peor: porque sucede a veces que la tensión conflictiva se desenvuelve sordamente, incluso con mayor intensidad, en el interior de los propios partidos. Y es que, al final, el principal "enemigo" de un determinado líder resulta ser no el dirigente de otro partido sino el contrincante de su propia organización, que espera su caída en desgracia para ocupar su puesto. Desconfianzas añadidas y encadenadas que acaban degenerando en un ambiente de paranoia que bloquea toda perspectiva de diálogo transparente y constructivo.

Aunque todo ello no sería un obstáculo especialmente grave si, a la hora de formar gobierno, los partidos y sus dirigentes dispusieran de un tiempo indefinido para conectar, hablar, para ir atando cabos sueltos y resolviendo desencuentros, para

sugerir consensos y concertar acercamientos. Pero sucede que la precariedad institucional de los momentos de transición de un gobierno a otro no admite plazos largos o indefinidos: y, o los dirigentes se ponen las pilas, o la sociedad tendrá que pensar en otras opciones.

Y el riesgo sería que, en esa urgente precariedad, alguien prefiera sacar a relucir sus perfiles personales y carismáticos, o su estilo de caudillaje caribeño, adornado por una fraseología propia de guión de cine. Lo que nos faltaba: iotra vez la lógica competitivo-seductiva! Empujados por la vorágine de la competitividad mediática, estamos convirtiendo el escenario de la democracia pluralista en una especie de juego de tronos.